

EL AGUA DE UN AMOR QUE SE DERRAMA POR NOSOTROS

1. “Tomó la condición de un grano de mostaza”. (Mt.13, 31-32)
 - a. Un amor que se abaja: lavar los pies. (Jn. 13, 1-20)
 - b. Una enormidad en lo pequeño.
 - c. Ser tocados por un amor así.

2. “Tomó la condición de un puñado de levadura” (Mt. 13, 33)
 - a. Un amor que se adentra: “Tomad y bebed”. (Mt, 26,26-28)
 - b. Un amor que se olvida de sí.
 - c. Un amor que fecunda toda la realidad desde dentro.
 - d. Un amor que saber mirar en lo escondido.

“Todas mis fuentes están en Ti, Señor”. Ésa está siendo la confesión humilde a la que queremos llegar estos días. Hacia ella caminamos. Ella nos alienta. A ella acudimos cuando nuestra garganta se queda reseca, cada vez que el calor aprieta; cada vez que queremos emprender un nuevo camino o sencillamente al comenzar cada nuevo día. Todo lo que vamos a decir en el día de hoy se puede resumir en la buena noticia es que **existe una fuente de amor inagotable**. ¡En la buena noticia de que podemos beber de ella! Y que algunos de esos sorbos nos hacen mucho bien a nosotros y seguro que también a los que nos rodean.

Por eso hoy queremos comenzar mirando nuestros amores concretos: limitados, torpes; generosos unas veces, calculadoras otras. Fuertes y frágiles. Y acudir con ellos a una fuente que sea capaz de refrescarlos, de alimentarlos, de limpiarlos, de descansarlos, de aliviar su sed, darles hondura y de convertirlos, ojalá, en corriente que riega con su agua a las personas que discurren por nuestra vida. **Queremos acudir a las fuentes del amor**.

Y en nuestro caso está claro que **esa fuente** de amor tiene un lugar concreto y **se concentra en la Pasión de Jesús**, que en realidad es la Pasión que Dios Padre/Madre siente por la humanidad, siente por cada uno de nosotros. No podemos acudir a otro lugar, a otra fuente donde nuestros pequeños amores sean regenerados por dentro.

Esta mañana queremos dar un paso más en el recorrido de estos días. Si desde el principio hemos insistido en el valor del silencio, de la atención amorosa, de la mirada contemplativo. En el día de hoy esta actitud del corazón se hace especialmente importante. Cada vez que nos acercamos al acontecimiento de la Pasión de Jesús, tendríamos que descalzarnos. A veces tenemos la sensación de que este momento, la contemplación de la Pasión del Señor, puede resultarnos un tiempo tristón, pesado, como difícil de llevar. Pero no es un tiempo para decaer el ánimo. Es muchísimo más **un tiempo para el asombro y para el agradecimiento**. Ojala que nunca nos cansemos de volver, una y otra vez a la contemplación de Jesús así y ahí.

Si cada mañana pedimos al Señor que nos dé de beber. Hoy, humilde y confiadamente, se lo volvemos a pedir: **“Señor dame de beber** del agua inagotable de tu amor. Dame poder convertirme otra vez en cántaro abierto que reciba toda el agua preciosa que tú mismo has querido verter en nosotros. **Dame responder a tu invitación: “Tomad y bebed todos de este amor”**. **Un amor concreto, histórico, sucedió entonces pero su fecundidad ha sido y es tal que es un torrente que discurre a través de los siglos y llega hasta nosotros”**.

Y esta mañana queremos detenernos en dos momentos muy especiales que expresan este exceso de amor por parte de Dios: el lavatorio de los pies y la Última Cena. Dos acontecimientos, dos gestos, que queremos leer a la luz de estas dos parábolas: la parábola del grano de mostaza y la parábola de la levadura. Esta mañana queremos mirar a Jesús lavando los pies de sus discípulos (otra vez el agua) y leer este gesto paradójico a través de la parábola de grano de mostaza y acercaremos a la Última Cena y leerla desde la imagen de la parábola de la levadura en la masa.

Las parábolas nos ayudan a leer el evangelio por dentro. Son las gafas, la clave del ordenador, la mirada buena que nos cuenta que más allá de las apariencias, de las contradicciones, de las paradojas, de que a veces parezca lo contrario... en realidad el amor de Dios sigue fluyendo. No lo parece, pero es. Y lo está fecundando todo con su extraña presencia.

1. “Tomó la condición de un grano de mostaza”. (Mt.13, 31-32)

La paradoja que encierra esta **parábola del grano de mostaza** consiste en el hecho de que de una semilla tan pequeña, la más pequeña de todas las semillas, surja un arbusto lo suficientemente grande como para que los pájaros puedan cobijarse y anidar. **La paradoja de que el amor eterno de Dios quepa en los signos más pequeños de abajamiento**. A esto queremos acercarnos esta mañana. A esta sorpresa. La inmensidad del amor de Dios se ha hecho inmensamente pequeña sin perder nada de la enormidad de su amor. Todo lo contrario. **Ojala que el Espíritu nos haga comprender esta paradoja que encierra el amar lo pequeño con todo el corazón. Pero más aún, ojala este mismo Espíritu nos introduzca en el misterio de un Dios que actuando así ha demostrado realmente que está loco, loco por nosotros, loco por su humanidad**.

Y la segunda paradoja es ésta: que **este tipo de amor tan pequeño**, tan poco espectacular, **genera frutos tan precisos**, tan inesperados, tan sorprendentes. Que eso es lo que expresa la imagen de *“un árbol capaz de dar cobijo a los gorriones”*.

En realidad con esta parábola nos acercamos a Jesús, Él es hoy ese pequeñísimo grano de mostaza que el Padre Dios plantó en su campo, en su mundo, en medio de los discípulos aquella noche, y en nosotros también hoy. A nuestro recuerdo acude ese himno cristiano primitivo, anterior incluso a la redacción de los evangelios: *“Cristo Jesús, a pesar de su condición divina, paradójicamente, no hizo alarde de su categoría de Dios (no retuvo para sí como una presa entre sus dientes el ser igual a Dios), al contrario, se despojó de su rango (se quitó el manto) y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así actuando como un hombre cualquiera (en el ocultamiento) se abajó hasta someterse incluso a una muerte y una muerte de cruz”*. Epl. 2

Jesús *tomó la condición de un insignificante granito de mostaza*. “Tomo la condición” significa que hubo una decisión. Que su modo de estar y de amar no fue una fatalidad, sino que fue Él mismo quien quiso hacerse pequeño. Pequeño, muy pequeño, el más pequeño de todas las semillas. La invitación es a mirar esta mañana a Padre Dios como ese “hombre” de la parábola que *“toma el grano de mostaza (su propio Hijo y aquel extraño modo de amar) y lo siembra en su campo”*. “Su campo” es el mundo; somos cada uno nosotros/as. Somos cosa suya, territorio suyo, somos su tierra amada.

Nos sentimos tierra de Dios que Él mismo siembra. Y ver cómo Dios Padre/Madre introduce su amor muy dentro de nosotros y de nuestras vidas concretas. Y traer aquí todas las relaciones importantes: hermanos de comunidad y provincia, educadores, alumnos, pareja, familia, amigos especiales... traer a la gente que queremos y traer esas relaciones que vivimos como enquistadas, difíciles, que nos duelen o a las que sentimos que hacemos daño. Esa es nuestra tierra concreta, nuestra parcela de amores, nuestro campo de relaciones. Hoy queremos acoger, precisamente ahí, la presencia de esa pequeña semilla y pedimos que vaya transformando nuestras formas de amar.

Como aquel hombre que toma un grano de mostaza y lo siembra en su campo, nuestro Padre/Madre Dios ha introducido su amor eterno dentro de este mundo nuestro. ¿Cómo? ¿De una manera evidente, tumbativa, deslumbrante, incontestable? No, sino como un anónimo e insignificante grano minúsculo de mostaza. El escándalo y la paradoja de tan grande amor en tan grande pequeñez. “¡Señor, danos ojos para ver, para verte así!”

Eso fue Jesús. Así es y así ha querido ser el amor eterno de Dios cuando descendió a nuestra tierra concreta y limitada. *Ese amor inmenso*, inabarcable de Dios hacia nosotros ha querido hacerse pequeño, precario, frágil, callado, indefenso... pero sin perder nada de su inmensidad y de su desmesura. Ha querido desaparecer, dejar de ser aparente, aplaudido, admirado y encumbrado. Ha querido mezclarse y mancharse con nuestra tierra, en lugar de imponerse desde fuera. Ha querido someterse a nuestras precarias leyes de crecimiento, a nuestra ambigüedad, e incluso a nuestras injusticias, como vamos a recordar estos días. No ha querido imponerse de golpe y desde fuera sino adaptarse a nuestros tiempos, a nuestra tierra. ¡Y por eso nos ha decepcionado tanto! ¡Por eso su presencia se nos hace tan extraña y tan paradójica! Y sin embargo en ese granito de mostaza está comprimido todo el poder transformador del amor de Dios. Aunque su formato sea tan pequeño, tan poco aparente, que pueda llegar a confundirnos. ¡Dichoso el que tenga ojos para ver!

Y eso es lo que Jesús quiso expresar con aquel gesto de lavar los pies a los suyos. En aquella noche, rodeado de sus discípulos, después de la Cena, Jesús tomó la condición de un insignificante granito de mostaza. Pequeño, muy pequeño, el más pequeño de todas las semillas. Algo, alguien insignificante en medio del vasto imperio romano. Algo, Alguien irrelevante del todo en los anales de las grandes gestas. Aquel hombre, lavando los pies a los discípulos, estaba sembrando en sus corazones la pequeña gran semilla del amor eterno de Dios. En ellos, en nosotros y en el mundo. El amor que, por ser tan grande, no le resulta humillante y un desperdicio cuando se abaja o cuanto se da sin retorno.

Lo mismo que quiere hacer en nosotros hoy si no nos resistimos. Si como Pedro, al final, le dejamos hacer. Si no nos escandalizamos de un amor así. Si acabamos descalzándonos ante la misericordia de Dios, auténtica tierra sagrada. Si no nos rebelamos: “Mi suciedad me la lavo yo, aunque sea por un poco de dignidad”. Si consentimos en ser tocados por ese tipo de amor, el de Jesús, capaz de abajarse, capaz de servir, capaz de perdonar de verdad, capaz de permanecer oculto. Amor por nada, amor que no busca ser correspondido, amor que limpia nuestras suciedades, que alivia nuestros cansancios, que nos devuelve dignidad. Ese amor tan extraño, tan paradójico que hace que Pedro mismo se revuelva. Él hubiera deseado un amor más aparente, más eficaz, más potente, más poderoso. Hubiera deseado tener más evidencias constatables de que el Reino de Dios estaba llegando al mundo. Y un Mesías que se comporta como un esclavo no es precisamente el modelo de eficacia que Pedro buscaba.

En el lavar los pies, Jesús está enseñándonos el extraño poder transformador del amor pequeño, del amor callado, del amor anónimo. Para nuestra lógica demasiado poco, demasiado decepcionante; demasiado expuesto y a merced de cualquiera que quiera abusar de él; demasiado fácil de ignorar o de pisar; demasiado ingenuo, acaso voluntarista; muy poco recíproco; con escasas repercusiones políticas, estructurales; deficientemente publicitado; estratégicamente desaconsejable... en definitiva la más pequeña de las semillas. No me extraña que la primera reacción de Pedro fuese echarse a un lado.

Pero en la lógica de Dios, en esa pequeñez estaba toda la fuerza transformadora del amor. La única que es “de verdad”, la única que no busca la eficacia inmediata, la victoria de lo nuestro o de los nuestros, ni siquiera la reciprocidad en el amor, ni siquiera el reconocimiento. Para el evangelista san Juan este es el extremo del amor o el amor llevado hasta el extremo y por eso introduce el relato del lavatorio de los pies con esta afirmación: “¡Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, **los amó hasta el extremo!**” ¿Y qué hizo? Ponerse a lavar los pies. Tanto amó Dios al mundo que plantó la semilla de este amor en el interior de la tierra, semilla pequeña como un grano de mostaza, pero fecunda y con la fuerza imparable de la vida. Eso es lo que contemplamos hoy y lo que llena nuestro corazón de agradecimiento, de alegría y de esperanza.

En realidad lo que Dios está plantando en el mundo es una nueva forma de amar de la que afirma que arranca una extraña fecundidad, una paradójica fecundidad. Junto con la pequeña semilla de mostaza, Dios siembra para nosotros una nueva esperanza. Una nueva forma de mirar y de cuidar lo pequeño, lo insignificante, lo poco valioso a los ojos de los hombres y de las mujeres; una forma de atender a lo que no cuenta: a las semillas minúsculas, a las higueras que no dan fruto, a las ovejas perdidas, a los hijos que vuelven humillados, a los publicanos que suben al templo y no se atreven ni a levantar los ojos. “¡Señor danos de beber de esta forma de amar, porque no es lo que a nosotros nos sale espontáneamente!”

Este modo de amar encierra y suscita un tipo de esperanza que no se basa en éxitos o en metas. Se basa en lo que Dios quiere hacer fecundar el mundo con nuestro minúsculo granito de mostaza, con nuestros gestos de amor, de implicación, de entrega; con nuestra obediencia confiada; con nuestra libertad ofrecida; con nuestro pequeño amor. El Padre hizo fecundar inmensamente el grano de mostaza que fue Jesús para la humanidad, quiso fecundar su modo extraño de amar. La resurrección es el triunfo de esa forma de amar que cobija a quienes queremos amar como Él.

Y sin embargo hasta esa imagen, la imagen del triunfo del amor por nada, es una imagen humilde. No nos habla la parábola que los frutos de esta árbol serán evidentes y apabulladores. No serán un cedro majestuoso o una frondosa palmera. Sino un arbusto. Porque lo importante no es la grandeza, tampoco la grandeza de lo que hacemos, sino la capacidad de cobijo, de cuidado, de dar sombra, de dar descanso, de tener un lugar donde posarse. Y ese amor está al alcance de todos. No tenemos que

hacer grandes heroicidades, se trata de amar en lo pequeño, en lo concreto, en lo que no se ve o se valora, en lo que da poco reconocimiento. Hasta donde podamos. Porque a veces podemos poco. ¡No pasa nada! Pero se trata de amar así no por voluntarismo, por demostrar nada a nadie. Y menos por demostrarnos a nosotros mismo de lo que somos capaces. Se trata más bien de ser cogidos de la mano por Jesús y que sea Él quien nos vaya introduciendo en esta forma de amar en la que Él mismo es la fuente. Una vez más se trata de consentir. Y esto, según veíamos en Pedro, no siempre nos resulta tan fácil. Se trata de beber de las fuentes de este amor extraño.

La buena noticia de esta parábola es **la esperanza a la que nos llama**: no lo parece pero en esta forma de amar hay una paradójica y sorprendente fecundidad. Una esperanza que acierta a ver el árbol que todavía no es; las posibilidades de la realidad cuando está fecundada por Dios; la dignidad de una persona cuanto está todavía por recuperar. Y podríamos decir, ojala, que una de las cosas bonitas que podemos ofrecer al mundo son precisamente miradas esperanzadas, porque de las otras andamos bien sobrados y porque es el mismo Señor el que nos ha dado ojos para mirar así. No para inventarnos nada, sino para descubrir que el Reino ya está brotando, creciendo, fructificando por todas partes. Aunque sea al modo discreto de Dios. Prestar miradas de futuro a quienes no ven futuro por ninguna parte: “Gracias por todos los esfuerzos que estás haciendo en algo que tú y yo sabemos que no va a servir para nada”. A veces tenemos que prestar un poco de fe en sí mismas a las personas que carecen de ella.

Concluye el evangelio del lavatorio de los pies diciendo: “Haced esto y seréis dichosos”. Si lavar los pies o dejarnos lavar por otros, si amar en lo pequeño, nos suena sólo a “carga insoportable que debemos asumir por ser cristianos”, es que no hemos entendido lo más importante. No hemos llegado a intuir que en esta forma de actuar, paradójicamente, se esconde una extraña felicidad, una profunda, serena y entrañable alegría; una libertad y una paz muy grande. Un extraño gozo al poder amar con un amor que no nos pertenece pero que nos habita. La alegría de que es el grano de mostaza, sembrado por el Padre en nosotros, el que ya está germinando y actuando en nuestra vida... y haciéndola fecunda. Y eso, ciertamente, es para dar gracias y no parar.

Es evidente que nosotros no amamos siempre así. Pero nuestra mirada hoy no quiere ir en primer lugar hacia nosotros y a nuestras posibilidades. Es más, posiblemente no pasaría nada si esta mañana nos dedicáramos tan sólo a mirarle a Él. A contemplar, de nuevo, el gesto de lavar los pies, a reconocer que hay personas que saben amar así, a admirarnos de que los amores grandes, cuando son tocados por Jesús, tienen querencia por amar en lo pequeño, en lo oculto. No importa que nosotros no amemos así. Importa que se pueda amar así. Importa el que exista esa fuente. Importa pedir al Señor que, si es su voluntad, siembre algo de ese amor en nuestra tierra. Importa **agradecerle** que, en aquel amor que sembró en su Hijo Jesús, ya nos estamos cobijando como los pájaros que anidan en las ramas del árbol de mostaza. Importa sobre todo agradecerle mucho al Padre que sembrara semejante semilla en una tierra tan humilde.

2. “Tomó la condición de un puñado de levadura” (Mt. 13, 33)

La versión que recogen los sinópticos del lavatorio de los pies es la celebración de la Cena del Señor. Y también hoy podemos acercarnos ahí de una manera contemplativa. La intención es tan sólo sugerir lugares donde mirar. Leer el relato de la Cena con las gafas de la parábola de la levadura en la masa.

Mirar siempre a Jesús porque **Él es la levadura que Dios**, en este caso más Madre que Padre (en esta parábola la que lleva a cabo la acción es una mujer), **ha querido introducir en nuestro mundo**, en nuestra harina, en nosotros y en nuestras formas concretas de amar. Aquella noche, en la última Cena, Jesús estaba anunciando a los suyos su decisión de desaparecer a fin de que toda nuestra historia quedara fermentada por Él y por su amor, a fin de que semejante levadura entrase muy de lleno en la harina de nuestra historia, de nuestra vida, de nuestro corazón.

Mirar a Jesús esta mañana en la última Cena y escuchar, otra vez estremecidos, de sus labios decir: “Éste es mi cuerpo, (éste soy yo), ésta es mi sangre (ésta es mi vida). Ésta es mi vida, sí, me la dado mi Padre y me ha dado además la capacidad de hacer con ella lo que quiera. Y lo que yo quiero hacer, obedeciendo libremente su voluntad, es... entregarla por vosotros, convertirme en levadura que **desaparece dentro de la masa** para fecundarla, **para fermentarla, por dentro**. Ése y no otro es el sentido de mi vida y de mi muerte. Es por amor a vosotros y al mundo, y no por resignación o por fatalismo, por lo que decido desaparecer”.

“Tomad y bebed de este modo de amar”. Esta mañana se me ofrece incorporar, meter dentro de ti la levadura de semejante amor. Ya se encargará ella de irme transformando por dentro. Sobrecogidos ante la decisión de Dios mismo de mezclarse así entre nosotros, dentro de nosotros. Sobrecogidos de que **su amor eterno se mezcle indisolublemente con nuestro amor mequinos**, torpes, llenos de cálculo y de regateos, escrupulosamente administrados. Cuando la harina de nuestro torpe amor entra en contacto con la levadura de su amor eterno todo queda transformado por dentro. Sin que uno sepa muy bien cómo. ¿No nos pasa alguna vez que hasta nosotros mismos nos sorprendemos pensando: “¿Pero de dónde me ha salido este amor?... es la levadura”.

Pero el fermento de ese amor divino ha querido necesitar de la harina de nuestro consentimiento, de nuestra libertad. El pan surge precisamente de esa mezcla de Gracia, por parte de Dios, y de libertad que acoge por parte nuestra. Su levadura dentro de nuestra harina. La harina de un corazón que acoge, de una libertad que consiente, de una docilidad que accede a albergar dentro de sí la levadura de un amor divino. Dios mismo pidiéndonos permiso para entrar hasta los últimos recovecos de nuestro corazón, de nuestra vida, de todos los ámbitos de nuestra existencia cotidiana.

Un Dios que quiere invadir, fermentar **todo** nuestra masa. Dice la parábola que la mujer introduce la levadura en la harina **“hasta que todo queda fermentado”**: **¡Todo!**: nuestro carácter, nuestra afectividad, nuestra sexualidad, nuestros miedos, nuestras ausencias dolorosas, nuestros modos torpes de amar, nuestras tristezas del corazón, nuestra esperanza vacilante... ¡todo! ¿Qué zonas, Señor, de mi vida necesitan más la presencia de tu amor, de tu perdón, de que tú las pongas en pie, “hasta que quede fermentado todo”? La parábola habla incluso de **“tres medidas de harina”**, una cantidad que provocaría la sonrisa de más de una de aquellas mujeres que escuchaban a Jesús porque se trata de una medida exagerada de harina, más de 40 kilos de harina. Pero el deseo de Dios es que nada ni nadie quede fuera de su fuerza transformadora, de su amor fecundo.

En aquella noche, en la Cena **Jesús tomó la condición de levadura en la masa**. Y con ello nos está hablando de un tipo de amor que pertenece más a la otra Orilla, la Orilla del amor de Dios. Un tipo de amor paradójico ¡mayor cuanto más desaparece! En esa Cena nos vuelve Jesús a recordar aquello del **“olvido de sí”**. Resultaría ridículo que la levadura buscara para sí reconocimientos, perdería su esencia, su razón de ser, que es desaparecer y fermentar. Resultaría ridículo que aquel siervo, después de pasarse todo el día en el campo, al volver a casa pidiera reconocimientos o agradecimientos, sencillamente se pondrá a servir y a preparar la cena. Resulta ridículo para un amor que ha entrado en el **“olvido de sí”** exigir compensaciones, reconocimientos o sencillamente reciprocidad, el amor como contrato entre las partes. Es la paradoja de un amor que sabe que la mejor manera de encontrarse es perdiéndose en medio y a favor de otros. ¡Otra vez la paradoja cristiana, la paradoja de la Pascua!

En la Pasión Jesús va a ser ese grano de trigo triturado que se convierte en pan de resurrección, pan compartido, pan sabroso. Hay amores para los que uno necesita aprender a desaparecer. Dejar espacio para que el otro ocupe el territorio que habitualmente ocupó yo y mis intereses, mis derechos, mis necesidades... Nosotros eso lo hacemos un poco y algunas veces. Jesús en aquella Cena lo hizo del todo y para siempre. Y eso nos llena el corazón de agradecimiento.

Las mujeres de Galilea mezclaban la levadura con la masa, la envolvían en un paño y **la dejaban fermentar toda la noche**. Esta noche Dios comienza a fermentar nuestra historia. En aquella Cena el amor eterno de Dios se mezcló con nuestra masa frágil. Se escondió a las miradas curiosas y comenzó a fermentarlo todo despaciosamente, calladamente. El grano de mostaza calló ya en tierra, la levadura se mezcló ya con la harina. Nuestro Dios comienza a reinar, sí, pero **desde abajo y desde dentro**. Y necesita la noche de la historia **“hasta que quede definitivamente todo fermentado”**.

Hoy podemos acercarnos a reconocer que **unas veces nos toca más ser levadura y otras, harina** que necesita ser fermentada. Y aceptarlo. Y no pretender estar siempre dando si no sabemos recibir humildemente, abandonando toda pretensión de suficiencia (que muchas veces oculta una sutil superioridad). Recibir toda la levadura que se vierte sobre nosotros. Mirar, reconocer y agradecer que haya gente a nuestro alrededor, creyentes o no, que realmente **son levadura para nosotros**. Ponerlos hoy delante de nuestro recuerdo y delante del Señor. Personas que a su contacto quedamos como engrandecidos, mejorados, ensanchados. Agradecer la levadura que supone para nosotros la fe de algunos creyentes; la fe de personas concretas que conocemos, de hermanos, de nuestros padres, de otros creyentes... pero sobre todo la levadura de la fe de la Iglesia. Reconocer y agradecer la levadura de su Palabra, de su evangelio cuando, cada mañana, nos dejamos tocar por él y, aunque parece que no pasa nada, que no sentimos nada, incluso que muchas veces no nos dice nada, **ese deseo de beber del evangelio nos va trabajando por dentro**. O la levadura de la oración, ese silencioso roce constante con la levadura de Dios acabará salpicando la harina de nuestra vida.

“Recibir”, como harina humilde, cuando toca; pero también pedir al Señor luz y disponibilidad para poder ser, si es su voluntad, levadura en situaciones de estancamiento, de bloqueo o de falta de dinamismo interno en lo que nos rodea o en los que nos rodean.

El milagro está en vivir los pequeños vaciamientos, no como robo o como mutilación definitiva, sino como **oportunidad de plenitud, de vida lograda, incluso de alegría**. ¿Cómo es posible esto? ¡Paradojas del Reino!, ¡cosas de Dios!

Mirar mucho a Jesús en esta parábola para entender que **el que quiera guardar su vida la perderá**. Que la levadura lejos del contacto de la harina no vale para nada. Lo mismo que la sal no vale para nada si es que no sazona los alimentos o la luz si es que la metemos debajo de la cama. Pero **“el que pierda su vida por mí y mi evangelio, por mí y por esa forma mía de amar, ése recibirá el ciento por uno aquí en la tierra, aunque sea con persecuciones, y luego la vida eterna”**.

La paradoja de la Pasión es que en esta **extraña forma de amar que acepta incluso desaparecer**, olvidarse de sí mismo a favor de otros... **en esta forma de amar hay fecundidad, hay una extraña paz, hay una alegría serena**. La parábola nos habla de una levadura que desaparece pero nos habla también de hogazas tiernas de pan que surgen de este anonadamiento, de esta entrega. Para alimentar a más de 150 personas.

Por eso esta mañana no es para el heroísmo, es para el **agradecimiento**. Gracias mi Señor, por haber aceptado desaparecen en mi favor, en favor nuestro, en favor de este mundo. Gracias por tu empeño en no parar hasta que **“todo de mí y todo de este mundo”** sea fecundado por este amor. Gracias porque en la mañana de Pascua descubriremos que semejante **amor no se pierde**, que Dios Padre está fermentando la historia así. Que una pizca de ese amor tuyo es capaz de mover hasta 40 kilos de harina, las tres medidas de harina de las que habla la parábola. Y eso llena nuestro corazón de **esperanza**, de **alegría** y de **agradecimiento**.